

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Exámenes

Pruebas académicas, exámenes, oposiciones... muchos estudiantes acaban de pasar estas fechas temidas de las cuales depende más o menos su futuro terrenal. Éxito o fracaso, cualquiera que sea el resultado de sus esfuerzos, si el joven cristiano ha puesto en las manos del Señor el cuidado de conducir su vida, podrá darle gracias tanto por una puerta cerrada como por una abierta.

Pero no es de estos exámenes que quisiéramos hablarle ahora. Todo en nuestra vida natural tiene su equivalente en la vida espiritual. Cada uno de nosotros nació cierto día en cierta familia compuesta por padres y hermanos. Tuvimos que aprender a caminar, hablar, obedecer... Luego llegó la edad escolar, los estudios medios y al fin el ejercicio de una profesión u oficio. De la misma manera, la vida espiritual de cada creyente comienza por el nuevo nacimiento que lo hace entrar en la familia de Dios. Recién nacido, sus primeros balbuceos expresan la conciencia de la relación: "Abba, Padre" (Romanos 8:15). "Os escribo a vosotros, hijos, porque habéis conocido al Padre" (1 Juan 2:13). Si es bien alimentado, si recibe los cuidados necesarios, el recién nacido en Cristo hará progresos que alegren el corazón del Padre y el de sus hermanos en la fe. Dará sus primeros pasos en el camino cristiano, aprenderá a obedecer, a orar, a dar testimonio. Entonces, gústele o no, deberá pasar por la **escuela de Dios**. Como en todas las escuelas, en la de Dios encontramos:

– **Un Maestro.** Cuando Jesús estaba en la tierra, él mismo enseñaba. Era el divino Maestro (Mateo 7:29; Job 36:22). Antes de su partida, confió el cuidado de los suyos al Espíritu Santo, quien lo reemplaza actualmente. "Él os enseñará todas las cosas", anunció Jesús (Juan 14:26). Todas las «materias» que integran la totalidad de la verdad son de su competencia: el conocimiento de Cristo y de su Iglesia, la doctrina, los aspectos proféticos, la vida cristiana en la práctica, la cual a su vez comprende el andar, el combate, la luz que el discípulo de Cristo irradie en medio del mundo, y el servicio bajo sus diferentes aspectos. No seamos negligentes con ninguna de estas «materias».

– **Una disciplina,** es decir, un conjunto de reglas morales con sus respectivas sanciones, cuya meta es que seamos alabados por haber obrado bien, y censurados o castigados cuando obramos mal. Cuidémonos de menospreciar esta disciplina, e igualmente de desanimarnos cuando seamos reprendidos por Dios a través de ella. Su objetivo es hacer de nosotros discípulos, hombres maduros.

– **Un libro:** la Biblia, suma de todo el conocimiento divino, prescrita y adaptada a todas las clases y edades como ningún otro libro. ¿De qué manual escolar se podría decir tanto?

– **Lecciones:** unas, las **teóricas**, son enseñadas en las reuniones o en nuestras lecturas personales de la Palabra de Dios. Otras, las **prácticas**, resultan de la experiencia cotidiana. Se trata de aplicar en nuestra diario lo que hemos comprendido por la inteligencia y guardado en nuestra memoria. ¿Cuáles son las dos grandes lecciones que resumen la enseñanza de la escuela de Dios? Aprendemos a conocernos a **nosotros mismos**, con nuestras insuficiencias, miseria y debilidades, y simultáneamente progresamos en el conocimiento de **Cristo** con su perfecta

suficiencia, su misericordia y su poder que se perfecciona en la debilidad (2 Corintios 12:9).

– **Exámenes**, inevitables en la escuela de Dios. Generalmente no se anuncian con anticipación; se realizan más bien sorpresivamente. Por ejemplo, hoy puedo tener un examen de **paciencia**. Poco importa el problema que se me presente o el instrumento del cual Dios se sirva: un contacto con una persona de carácter difícil o de la sucesión de pequeñas contrariedades. Si no me he preparado bien a través de la oración y la humilde confianza en Dios, ni siquiera me daré cuenta de que se trata de una prueba. Sólo veré el instrumento y no la mano sabia que lo conduce, la persona desagradable y no al divino Instructor. Inevitablemente fracasaré: en vez de pagar el mal con el bien (Rom. 12:21), seré vencido por el mal, en este caso la irritación o la cólera. A menudo, experimentamos exámenes de «prioridades». Cuando se me presente un caso determinado, ¿a quién daré prioridad: a Cristo o a otra persona? ¿A su Palabra o a una lectura cualquiera? ¿A su servicio o a mis intereses?

Otro ejemplo de examen: la Palabra me ha advertido sobre las trampas que el mundo y Satanás tienden al cristiano; también me ha explicado el medio de evitarlas. Pero llega el día en que soy puesto a prueba: una de esas trampas está realmente ante mí. Si no creo lo que la Palabra me dice, o si confío en mis fuerzas para hacerle frente, fracasará para mí entera confusión. Tendré que «repetir» esta materia y retardar los progresos cristianos cuyo conjunto constituye mi «escolaridad espiritual».

Estos son exámenes en los cuales nadie puede hacer trampas, porque “todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). Cada uno es juzgado según su verdadero

nivel y también por su propia cuenta. Solemos compararnos con los demás y contentarnos con una nota «aceptable» pretendiendo que otros sólo obtuvieron un resultado «mediocre», según nuestro parecer. Pero el Espíritu Santo, quien nos enseña, tiene metas más altas para nosotros. Nos presenta al Modelo perfecto, excelente en todo, y nos invita a seguir sus pisadas; espera de nosotros alguna semejanza moral con Jesús. Y este hombre perfecto no escapó de la prueba antes de comenzar su ministerio. Hallando a Satanás en el desierto, triunfó sobre toda tentación.

Varios jóvenes se esmeran en preparar su vida profesional, o sea su futuro terrenal. Les parece que merece la pena dedicarse durante meses al estudio y exponerse a renunciaciones y esfuerzos considerables. Incluso faltan a las reuniones cristianas, creyendo preparar así mejor un examen. En contraste, ¿no somos descuidados, en cuanto a nuestro futuro eterno? Sin embargo, de la manera en que hayamos aprendido nuestras lecciones espirituales dependerá no sólo el servicio más o menos fructífero que podamos cumplir para el Señor mientras esperamos su regreso, sino también las coronas que él dará en el día de las recompensas a fin de ponerlas, para su propia gloria, sobre las frentes de **aquellos que las hayan merecido**.

¿Deseamos formar parte de ellos?

J. Kn

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas

PARA TODOS

1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).